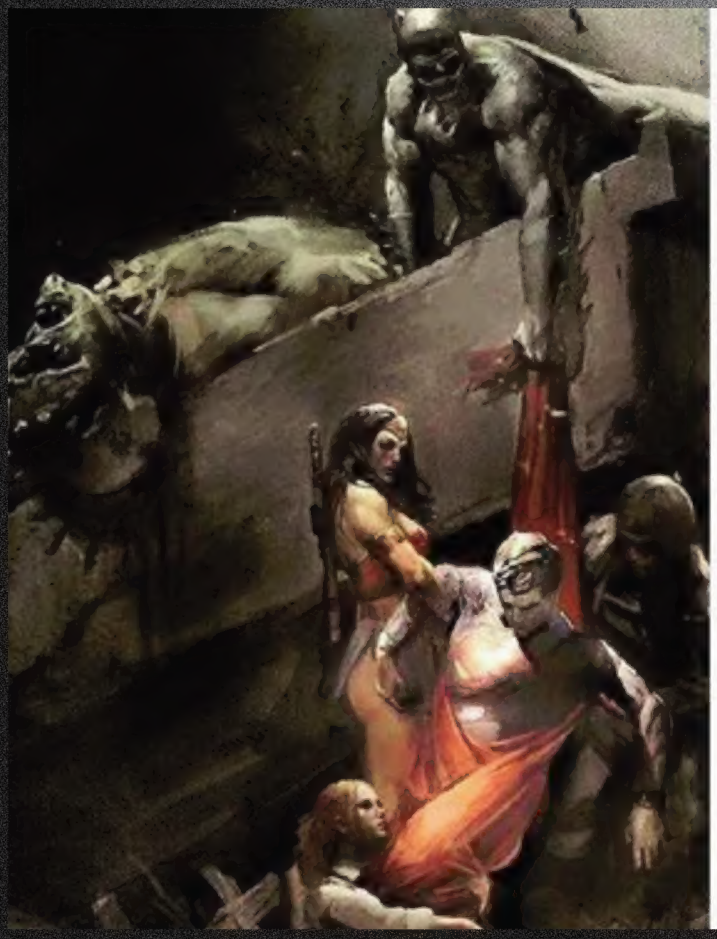
DEUS UBIQUE EST

Sobre la necesidad de redención, perdón y esperanza

Osvaldo Rolón-Domínguez



Esta reflexión marcó un antes y un después en mi vida, mas que nada quiero agradecer a mis padres, hermanos, amigos, amigos sacerdotes, amigas monjas, a joseph ratzinger por ser mi maestro, a la iglesia por ser mi madre y por último a los más importantes, a la Virgen Maria y su hijo Jesucristo, por dar sentido a mi vida, sin ellos no soy nada. Gracias por mostrarme la belleza de la vida.

Tabla de contenidos

1. Introducción Emocional....2
2. Superman como figura mesiánica....4
3. Batman como reflejo del existencialismo....6
3.1 La caída de Batman: una nueva Edén....7
4. Donde no hay perdón, no hay hombre....9
5.“¿Por qué dijiste ese nombre?”: La redención a través de Martha....11
6. Salvator Mundi....13
7.“Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia”....15
8. Notas del autor....16
9. Bibliografía....17

1. Introducción Emocional

Me llamo Osvaldo Rolon-Dominguez, nací en Estados Unidos y crecí en Paraguay. Desde niño siempre tuve un afán por los cómics de superhéroes, específicamente al personaje llamado Batman. Tanto me gustaba el personaje que mi apodo de niño era Bat Rolon. El personaje me interesaba mucho por su inteligencia, astucia, esfuerzo, pero siempre me interesó su trauma ocasionado por la muerte de sus padres qué fue lo que le convirtió a ser Batman.. De niño mi profundización era limitada, hoy con mis 21 años (casi 22) podría decir que quise profundizar su dolor y sentir desde una perspectiva real desde la fe católica, la fe que recibí a través de mis padres, una fe que tiene 2000 años de historia y comunión con el Dios uno y trino.

La película Batman vs Superman es la primera vez que el "caballero oscuro" y el "hombre de acero" compartían pantalla y el hype para los fans de DC comics era inmenso.
Uno se preguntaría que tiene que ver una pelicula de superheroes con el cristianismo, capaz unos se dirían que es algo totalmente absurdo y que no se puede mezclar, es más, la película cuando la vi por primera vez en el cine en 2016 (teniendo 13 años) no me gustó para nada, pensaba que Zack Snyder no tenía mucha coherencia para hacer películas de superhéroes y que no aprovechó su oportunidad (como la gran mayoría pensaba siendo que fue una película extremadamente controversial). Batman mi superhéroe favorito, reducido a una persona sin moral y asesina (siendo que en los cómics el tiene una ley inquebrantable de no matar) y Superman reducido a un personaje sin un poco de carisma, me sentí traicionado y dolido por Zack Snyder, pero hoy en día con un poco más de madurez pensé, "¿cómo es posible que uno de los mejores directores de nuestros tiempos haya tenido la oportunidad de hacer películas con dos de los personajes mas iconicos de nuestros tiempos y lo haya desaprovechado?", y luego se me vino otro pensamiento, "¿y si fui yo el que no entendió la visión de Snyder?", en ese momento empecé a investigar la vida de snyder y cuál era su objetivo con el universo de DC, descubrí que él había crecido en un ambiente protestante (por ende asumí que había adquirido cierto conocimiento del kerigma) y luego vi en muchas entrevistas que él tenía una fascinación sobre la mitología de Cristo (con mitología no me refiero a la definición secular de hoy en día, sino a la definición real que significa "palabra con sentido profundo"). Aunque Zack Snyder fue criado en un entorno cristiano, no confiesa la fe cristiana de manera explícita ni vive conforme a sus principios. Su visión del mundo es claramente secular, y muchas de sus interpretaciones (incluyendo las figuras de Cristo o el sacrificio) están atravesadas por un enfoque más simbólico o estético que teológico.Teniendo esto en cuenta, leí la carta de San Juan Pablo II a los artistas del mundo. En esta carta del, el Romano Pontífice se dirige a los artistas del mundo invitándolos a no dejar de lado la riqueza del evangelio como inspiración de sus obras, pero un párrafo en particular captó mi atención y toco mi alma, dando vida así a una nueva perspectiva hacia el arte y por ende al artista "En efecto, al modelar una obra el artista se expresa a sí mismo hasta el punto de que su producción es un reflejo singular de su mismo ser, de lo que él es y de cómo es. Esto se confirma en la historia de la humanidad, pues el artista, cuando realiza una obra maestra, no sólo da vida a su obra, sino que por medio de ella, en cierto modo, descubre también su propia personalidad. En el arte encuentra una dimensión nueva y un canal extraordinario de expresión para su crecimiento espiritual. Por medio de las obras realizadas, el artista habla y se comunica con los otros. La historia del arte, por ello, no es sólo historia de las obras, sino también de los hombres. Las obras de arte hablan de sus autores, introducen en el conocimiento de su intimidad y revelan la original contribución que ofrecen a la historia de la cultura"[1]. También, teniendo en cuenta estas palabras, comprendí que incluso una obra

[1] Juan Pablo II, *Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los artistas*, 1999.

secular como *Batman v Superman* no está excluida de la acción de Dios en el mundo. Como enseña el Concilio Vaticano II: "en Cristo [...] se revela plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación"[2]; por tanto, toda expresión auténtica de la humanidad (aunque no invoque explícitamente el nombre de Dios) puede contener una huella del Verbo. Esta intuición ya estaba presente en los primeros siglos del cristianismo. San Justino Mártir, en diálogo con la cultura griega, afirmaba que "todo lo que de bueno han dicho todos los que han vivido según la razón, nos pertenece a nosotros, los cristianos; pues hemos adorado y amamos, por medio del Verbo que viene de Dios, todo lo que ellos han conocido en parte"[3]. Esta idea de los *semina Verbi* o *logoi spermatikoi* (semillas del Verbo) nos permite reconocer que toda verdad, belleza o bien, donde sea que aparezca, tiene su fuente última en Cristo, el Logos eterno.

Por eso, al mirar con ojos de fe obras de arte que en apariencia no tienen relación con la fe (como esta película), es posible descubrir una resonancia profunda con el drama del Evangelio. No porque la obra lo proclame, sino porque el alma humana, que es el terreno donde crece esa semilla del Verbo, se expresa a veces incluso sin saberlo. Mi intención no es "bautizar" forzosamente una película, sino dar testimonio de cómo Dios puede hablarnos incluso en las grietas de la cultura secular. Estoy fascinado de cómo una historia moderna, pensada para el cine comercial, despertó en mí una necesidad de comprender el dolor, la redención y el perdón desde una mirada cristiana. Escribo estas líneas como testimonio personal, con el deseo de mostrar que también en los relatos culturales contemporáneos, si se los mira con fe, es posible encontrar ecos del Evangelio, lo importante es estar atentos para ver y oír donde otros tal vez solo ven entretenimiento.

---

[2] Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*, n. 22.

[3] San Justino Mártir, *Segunda Apología*, cap. 13.

2. Superman como figura mesiánica

Desde sus inicios, Superman ha sido un símbolo de bondad, justicia y esperanza. Sin embargo, Zack Snyder dio un paso radical al reinterpretarlo como una figura claramente mesiánica (como él mismo lo ha afirmado en entrevistas) dentro del universo cinematográfico conocido como el Snyder Verse[4]. Snyder no lo presenta como un simple ser con poder que hace el bien, sino como un hombre interiormente dividido, que debe ejercer su libertad para decidir si salvar a la humanidad o permitir su destrucción. Sobre sus hombros recae la responsabilidad del destino y el "pecado" de su pueblo, lo cual transforma la narrativa en una que resuena fuertemente con los temas bíblicos del Evangelio.

En Man of Steel (2013), Jor-El, padre de Kal-El, es retratado como una figura profética, casi bíblica. En muchos sentidos, puede compararse con Noé, pues posee la visión del colapso inminente de Krypton y, al no ser escuchado por su pueblo, decide construir una especie de arca: una nave que enviará a su único hijo fuera del planeta condenado. Sin embargo, ese acto no es solo de salvación física, sino de transmisión de una herencia espiritual y existencial, ya que en el interior del cuerpo de Kal-El inserta el Códex, que contiene el material genético de todas las futuras generaciones kryptonianas. Krypton, al haber abandonado los nacimientos naturales y reemplazarlos por ingeniería genética, se había encerrado en una cultura de determinismo biológico y vocación impuesta. Kal-El, en cambio, es el primer nacimiento natural en siglos, un acto considerado herético por los estándares de su civilización. Esta diferencia lo convierte en una figura mesiánica: nacido libre para elegir, y no programado para obedecer. En términos teológicos, el Códex puede interpretarse como símbolo del pecado original, pues representa la totalidad del pueblo kryptoniano, una civilización caída, cuya historia y carga ahora habitan dentro del hijo enviado.

Cuando Jor-El envía a su hijo a la Tierra, no solo le transmite una herencia, sino que le da también algo esencial: la libertad. A diferencia del General Zod, quien encarna la figura de un líder autoritario y absolutista (una especie de símbolo diabólico de esclavitud y opresión), Superman debe elegir entre convertirse en redentor o destructor. Zod representa al ángel caído que desea imponer su orden, recrear Krypton sin importar el precio, incluso a costa de la humanidad. Su lógica es la de la fuerza, la pureza genética, la obediencia absoluta. Kal-El, por el contrario, representa el camino del amor, del sacrificio y de la elección libre, como el Cristo que se entrega no por los justos, sino por los que aún no comprenden.

Posteriormente, Clark (ya en la Tierra) crece en el anonimato en una humilde casa de Kansas, bajo el cuidado de Martha y Jonathan Kent, quienes se convierten en una especie de familia adoptiva como la de Nazaret. Ellos, con virtudes morales excepcionales, le enseñan los valores del bien, del autocontrol, de la misericordia y de la verdad. Durante su adolescencia, Clark lucha intensamente con su identidad, con sus poderes, pero sobre todo con las preguntas fundamentales que resuenan en todo corazón humano:
¿De dónde vengo? ¿Cuál es mi propósito? ¿Por qué soy distinto?

Ese camino de autoconocimiento encuentra un punto de inflexión cuando, ya adulto, Clark encuentra a su verdadero padre (Jor-El) en la nave kryptoniana, y éste le revela el propósito de su existencia: no es solo un superviviente, sino una esperanza para la humanidad. Esta escena puede interpretarse como una especie de bautismo vocacional, donde el hijo comprende que su vida no le pertenece solo a él,

[4] Catherine Shoard, "Man of Steel Marketing Campaign Targets Christian Audience," *The Guardian*, June 19, 2013.

sino que está destinada a una misión que lo sobrepasa: entregarse como salvador y redentor del mundo para la salvación de la humanidad. Este momento no es casual: Clark se revela al mundo a los 33 años, edad en la que, según la tradición cristiana, Jesús comienza su ministerio público y entrega su vida. Este paralelismo cronológico, confirmado por Snyder, no es solo un guiño simbólico, sino una afirmación del carácter mesiánico de Superman: su vocación nace madura, libre y orientada al sacrificio. Esta entrega no es abstracta ni impersonal, sino que nace de una identidad única: Superman es a la vez kryptoniano y humano, lo trascendente y lo terrenal, y en esa doble naturaleza encarna la posibilidad de reconciliación. Es, por tanto, un puente entre dos mundos, no sólo porque proviene de ambos, sino porque su misión consiste en unirlos: tomar lo mejor de cada uno, redimir lo peor, y ofrecer su vida como mediador. En esta figura, resuena simbólicamente el rol de Cristo como pontífice, verdadero Dios y verdadero hombre, que reconcilia el cielo y la tierra en un acto supremo de amor.

Este carácter mesiánico se hace aún más evidente en una escena profundamente simbólica: Clark entra a una iglesia en busca de consejo, debatiéndose sobre si debe entregarse a las autoridades humanas o no. Mientras conversa con el sacerdote, detrás de él, un vitral muestra a Jesús en el Jardín de Getsemaní, justo en el momento previo a su Pasión. El paralelismo visual y narrativo es directo: Clark, como Cristo, lucha interiormente con la decisión de entregarse por un mundo que aún lo rechaza, enfrentando el miedo, el sacrificio y la soledad.

Finalmente, en el clímax de la película, Superman se ve obligado a tomar una decisión desgarradora: matar al último de su raza, el General Zod, para salvar a una familia humana. En ese acto, Kal-El destruye el "último pecado de Krypton", el símbolo viviente de todo lo que su pueblo fue: rígido, dominante, incapaz de amar. Con lágrimas y dolor, elige a la humanidad. No por deber, sino por amor. En ese momento se convierte plenamente en el Salvador: entrega todo lo que es, incluso lo que lo vincula a su origen, para que otros puedan vivir.

3. Batman como reflejo del existencialismo

No fue Superman el personaje que más me dolió ver en *Batman v Superman*. Fue Batman. Fue Bruce Wayne. Porque en él vi reflejada la parte más vulnerable y rota del ser humano: la parte que duda, que odia, que desconfía incluso de Dios. Vi en él lo que somos cuando el dolor no se sana: hombres que golpean a Dios antes de escucharlo, que matan antes de confiar. Vi en Batman la necesidad del perdón.

Zack Snyder no nos muestra a un héroe en la plenitud de su moral, sino a un hombre quebrado. La primera imagen que tenemos de él en la película no es con capa, sino como un adulto corriendo entre los escombros de Metrópolis, buscando salvar vidas mientras los edificios colapsan a su alrededor. Lo vemos impotente, furioso, presenciando la destrucción causada por la batalla de Superman contra Zod. En ese momento, algo muere en Bruce Wayne: su fe en la justicia, su creencia en el bien. Desde esa escena, ya no lucha por esperanza, sino por control. El murciélago no es símbolo de redención, sino de trauma no resuelto.

La destrucción de Metrópolis y su impotencia ante ella tocaron lo más profundo de su ser: fue como revivir el día en que perdió a sus padres. Esa sensación de impotencia es la que lo llevó a entregarse a su lado más oscuro.

Su vacío interior se evidencia en varias escenas. En una de ellas, cuando despierta con una mujer a su lado, el rostro de la mujer no puede verse (intencionalmente), dando a entender que, lo más probable, ni siquiera Bruce sabía quién era(demostrando su desconexión y desinterés por la realidad). Luego toma una copa de vino de la noche anterior y bebe sin pensar.
En varias escenas más se muestra cómo Alfred, al llegar a la casa junto al lago (donde solían vivir), encuentra botellas de vino abiertas, lo que deja entrever su profunda desilusión con Bruce.
Teniendo todo el dinero del mundo, acceso a miles de mujeres y a todo el alcohol que pueda consumir, nada es suficiente para llenar el vacío que Bruce lleva dentro.

Reafirmando lo que cuestiona Jesucristo:

"¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?"[5]

La reacción de Batman ante Superman no es simplemente la de un héroe contra otro: es una figura teológica. Es la respuesta humana al absoluto. Ante un ser que parece omnipotente, perfecto, incorruptible, Bruce Wayne no siente adoración, sino amenaza. Y esa reacción tiene raíces profundas: en el pecado original, en la herida del mal, en la necesidad de controlar lo que nos excede, incluso a Dios.

En Batman vemos una figura que refleja mucho la filosofía del existencialismo. En la mayoría de sus conversaciones con Alfred, se nota que se ha rendido y se ha entregado a la desesperanza. En una escena, Bruce dice:

"Si hay incluso un 1% de posibilidad de que él sea nuestro enemigo, tenemos que tomarlo como una certeza absoluta. Y tenemos que destruirlo."

[5] Mateo, 16, 26, Sagrada Biblia

A lo que Alfred responde:

"Pero él no es nuestro enemigo."

Y Bruce contesta:

"Hoy no. Veinte años en Gotham, Alfred... hemos visto cuánto valen las promesas. ¿Cuántos buenos quedan? ¿Cuántos siguieron siéndolo?"

Alfred aparte de ser su mayordomo, actúa como la conciencia de Bruce, esa pequeña voz que intenta advertirle pero que él ha callado y ya no escucha.

"Así es como empieza: la fiebre, la rabia, la sensación de impotencia... que convierte a los hombres buenos en hombres crueles."

Cegado por su propio juicio, Bruce ya no escucha ni a su alma. Dejó que el miedo lo controle y ese deseo hace que el pierda su humanidad.

Bruce, cansado y emocionalmente devastado tras la muerte de sus padres, la pérdida de Robin y los innumerables inocentes que no pudo salvar, terminó por perder la esperanza. Y cuando la esperanza se pierde, se pierde todo. Bruce Wayne murió, y en su lugar quedó un hombre solitario, endurecido y desconfiado, encerrado en un mundo subjetivo donde solo su juicio importaba, donde creía que lo que él pensaba y hacía era lo único correcto.

Su visión del mundo se volvió profundamente cínica, como lo expresa en una conversación con Alfred:

"Los criminales son como la hierba, Alfred. Arrancas uno, y crece otro en su lugar."

Esa frase resume su desesperanza: ya no cree en la redención del hombre, ni en el sentido de su lucha. Solo ve un ciclo interminable de corrupción. Esta lógica lo empuja a enfrentarse al único ser que podría representar una alternativa: Superman. Pero en vez de esperanza, Bruce ve una amenaza.

Esa desconfianza, alimentada por años de dolor y derrota, lo llevó a la ceguera moral. Incapaz de distinguir entre enemigo y salvador, terminó convirtiéndose, sin notarlo, en aquello que había jurado combatir. Como lo anticipa la célebre frase del fiscal Harvey Dent, interpretado por Aaron Eckhart:

"O mueres como un héroe, o vives lo suficiente para verte convertirte en un villano."

3.1 La caída de Batman: una nueva Edén

La actitud de Batman no es solo emocional: tiene raíces simbólicas y espirituales muy profundas. Bruce Wayne, en *Batman v Superman*, encarna (sin saberlo) la misma tentación que Adán en el Jardín del Edén. No se trata únicamente de miedo, sino de orgullo herido. Como Adán, Bruce no acepta no entender, no tolera no tener el control. El pecado original no fue solo desobedecer a Dios, sino querer ocupar su lugar. De igual manera, Batman se obsesiona con juzgar a Superman no porque sea malvado, sino porque escapa a su comprensión humana. Él ya no confía, ya no cree en el bien; y como el hombre en el Edén, quiere decidir por sí mismo qué es bueno y qué es malo.

"Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal."[6]

Este deseo de controlarlo todo nace del dolor no sanado. Bruce, al igual que nosotros tantas veces, no acepta el misterio del sufrimiento. Por eso convierte su herida en violencia, su impotencia en juicio. En vez de abrirse a la posibilidad de confiar en el bien, prefiere destruir antes que sufrir otra pérdida. Como Job, debería haber aprendido a recibir también el dolor como parte de la vida. Pero no lo hace.

"¿Aceptaremos de Dios el bien, y el mal no lo aceptaremos?"[7]

Y es justamente ahí donde Batman cae más hondo: en su intento de controlar todo, se convierte en el dios de su propia historia, dictando quién merece vivir y quién no. Esa es la gran tentación moderna: vivir como si no necesitáramos a Dios, como si el hombre (a través de la técnica, el poder o la inteligencia) pudiera salvarse por sí solo. En esa lógica, se elimina la conciencia del pecado, pero la culpa no desaparece: permanece, soterrada, en forma de ira, desesperanza y resentimiento. Batman ya no responde con humildad ante lo divino. Responde con cálculo, con miedo, con violencia. Y al hacerlo, ya no ve a Superman como posibilidad de redención, sino como amenaza existencial.

"No seas sabio a tus propios ojos; teme al Señor y apártate del mal."[8]

[6] Génesis 3:5, Sagrada Biblia.
[7] Job 2:10, Sagrada Biblia.
[8] Proverbios 3:7, Sagrada Biblia.

4. Donde no hay perdón, no hay hombre

Llegamos al clímax: Batman se enfrenta a Superman. Lex Luthor ha manipulado a Bruce Wayne, alimentando su soberbia y cegándolo con miedo y dolor, para que elimine al inocente que solo había hecho el bien.

Porque como decía el entonces Cardenal Joseph Ratzinger:

"El verdadero ciego es el que se guía solo por lo que ve."[9]

Superman va junto a Batman pero no para luchar, sino para pedir ayuda. Lex Luthor había secuestrado a su madre y a cambio de la cabeza del murciélago, le concedería su libertad de vuelta. Superman no deseaba la muerte de nadie, con lo que fue al campo de batalla con esperanzas de pedir ayuda a Batman. Durante la batalla, vemos cómo Batman (con una actitud farisaica), con todos sus recursos, su inteligencia táctica y su entrenamiento, ingenio un campo de batalla diseñado para hacer sufrir a Superman (una especie de "pasión"), para luego asesinar al Hombre de Acero.

Y entonces, cuando lo tiene a su merced, le lanza una frase que encapsula todo su cinismo y desesperanza:

> *"Apuesto a que tus padres te enseñaron que significás algo. Que estás aquí por una razón. Mis padres me enseñaron una lección distinta: morir en la cloaca sin razón alguna. Ellos me enseñaron que el mundo sólo tiene sentido si lo obligas a tenerlo".*

Lo paradójico es que los padres de Bruce nunca le enseñaron eso. Pero ese es precisamente el efecto del trauma no sanado: distorsiona la verdad, apaga la esperanza, nos aleja de quienes somos realmente. Bruce ya no ve con claridad. No se da cuenta de que aquello que vivió (la muerte de sus padres) fue lo que encendió la llama que lo convirtió en Batman. No recuerda que alguna vez él fue símbolo de esperanza.

Pero sin perdón, sin sanar la herida, sin reconciliarse con su pasado, Bruce Wayne se desconoce a sí mismo. Su identidad se diluye en el rencor, en la autosuficiencia, en el deseo de control absoluto. Y eso que le ocurre a Batman… nos ocurre también a nosotros. Nos cuesta perdonarnos, confiar, tener fe. Nos cuesta reconocer nuestra fragilidad y entregársela a Dios.

Me recuerda una de mis frases favoritas, atribuida a san Agustín:

"Noverim me, noverim Te, Domine."[10]
"Que yo me conozca a mí, que yo te conozca a Ti, Señor."

Solo en el encuentro con Dios el ser humano puede descubrir la verdad de su miseria, pero también la grandeza de su vocación. Solo ante Él comprendemos nuestra necesidad de perdón, y la posibilidad real de redención.

---

[9] Joseph Ratzinger, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, entrevista con Peter Seewald (Madrid: Ediciones Encuentro, 2001).
[10] San Agustín, *Soliloquios*, I, 3, 2.

Como escribió Ratzinger:

"La humanidad necesita del perdón."[11]

Porque sin perdón, el ser humano queda atrapado en la angustia, el estrés, la culpa. Y entonces surge el peligro más grande: vivir sin necesidad de Dios. Intentar salvarnos por nuestras propias fuerzas. Negar el pecado, pero seguir cargando con la culpa.

Así terminamos como Batman: consumidos por el odio, el rencor, creyéndonos jueces, incluso dioses.

El perdón es la medicina del alma. Aceptar las debilidades y las miserias, solo así uno llega a la plenitud de la vida. Pero no hablo solo del perdón al prójimo, sino el que más cuesta aceptar, el perdón a uno mismo. Es el perdón el que habilita el espacio para sanar y crecer como persona, para "dar vuelta a la página" y volver a empezar.

Es por eso que el sacramento de la confesión es tan importante dentro de la iglesia, ahí el alma se encuentra con la misericordia. Porque si Dios perdona, ¿qué más se necesita?

[11] Joseph Ratzinger, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, entrevista con Peter Seewald (Madrid: Ediciones Encuentro, 2001).

5.“¿Por qué dijiste ese nombre?”: La redención a través de Martha

Probablemente sea la escena más odiada de toda la película. Se convirtió en objeto de burla, memes y críticas implacables. Pero para mí, desde mi experiencia y sensibilidad espiritual, fue una de las escenas más reales y humanas que he visto. Una escena que, si se mira con ojos de fe, revela una verdad fenomenológica profunda.

Batman está ahí, con su bota sobre el cuello de Superman y la lanza de kryptonita en mano (el único mineral capaz de matarlo). Tiene al “dios” acorralado, debilitado. Entonces, dice a Superman:

“Nunca fuiste un dios, ni siquiera fuiste un hombre.”

Una vez más, el cinismo, la desilusión y la ceguera de Bruce se proyectan sobre Superman. Pero sucede algo inesperado. En su último aliento, Superman no ruega por su vida. Ruega por su madre:

“Le estás dejando matar a Martha.”

Batman se detiene. Se desconcierta. Hay algo en ese nombre que lo desarma (es el nombre de su madre). No solo le habla a Superman, en realidad se está hablando a sí mismo:

“¿Qué significa eso?”
“¿Por qué dijiste ese nombre?”

Superman, casi sin fuerzas, repite una súplica que recuerda a Cristo en la cruz, preocupado no por sí mismo, sino por alguien amado:

“Encuéntralo... salva a Martha...”

Y entonces sucede el quiebre. Bruce choca con la realidad. Toda esa rabia, ese dolor acumulado durante años, toda su misión oscura y obsesiva de venganza… colapsa. Se da cuenta, de repente, que no está matando a un enemigo. Está a punto de matar a alguien con madre, con historia, con humanidad. Comprende que quien yace frente a él no es un dios tirano, sino un hijo amado. Ese nombre (Martha) lo atraviesa como una espada.

Desorientado, casi angustiado, Bruce vuelve a preguntar con desesperación:

“¿Por qué dijiste ese nombre?”
“¡¿POR QUÉ DIJISTE ESE NOMBRE?!”

Llega Lois Lane, desesperada, e interrumpe la escena, aclarando:

“¡Es el nombre de su mamá!”

Batman ya no tiene palabras. Solo silencio. Solo conciencia. Se da cuenta de lo que estaba por hacer. Iba a matar al inocente. Se estaba convirtiendo en el mismo hombre que mató a sus padres.

Pero lo más hermoso de este momento es cómo se da el cambio interior de Bruce: no es la divinidad

de Superman lo que lo transforma, sino su humanidad. Y esa humanidad se revela a través de su madre. Es la figura materna la que lo saca de su ceguera. Así como María, la Madre de Jesús, nos ayuda a ver el rostro humano de Dios, Martha, la madre de Superman, humaniza a Kal-El ante los ojos de Bruce. Clark, en su pureza y a punto de morir, no se preocupa por sí mismo, sino por su madre. En ese gesto, humaniza incluso a su asesino. Como Cristo en la cruz, ofreciendo redención a quien aún tiene el corazón dispuesto a recibirla.

El simbolismo en esta escena es inmensamente profundo. Por un lado, tenemos al "salvador del mundo" aparentemente derrotado, en manos de un hombre que lo quiere asesinar. Pero es ahí, en su debilidad, donde Superman muestra quién es verdaderamente. A punto de morir, lo salva su amor. Clark, con sus últimas palabras, no clama por justicia ni pide ser salvado: pide por su madre. Y en esa entrega, revela su verdadero ser.

Reivindicado, Bruce hace una promesa a Superman: salvará a Martha (como si fuese su propia madre). La escena recuerda al Cristo agonizante en la cruz, confiando a su madre al cuidado del discípulo amado:

"Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre."[12]

Ciertamente, sería excesivo o incluso ofensivo equiparar el acto de Bruce con el mandato que Cristo le da a san Juan respecto a la Virgen María. Pero Bruce le salva, la protege, y al final de la película vemos cómo se encarga de ella de la mejor manera que él conoce: cubriendo sus gastos y asegurando su bienestar. Es un acto de reparación, pero también de amor.

Esto no es poca cosa. En la espiritualidad cristiana, María no solo es la madre de Dios, sino también la madre que nos enseña a ver a Dios como Hijo, como Hombre, como Salvador cercano. Ella nos lo muestra frágil, sufriente, humano. Nos lleva a Él no como juez, sino como redentor. Lo mismo ocurre con Martha en esta escena. No convence a Batman con argumentos, sino con una presencia. Y en esa presencia materna, él ve a Superman como lo que realmente es: un hombre capaz de amar, sufrir y sacrificarse.

Así como Bruce perdió la fe, muchos de nosotros también caemos en la desesperanza, en el cinismo, en la soberbia de pensar que todo depende de nuestras fuerzas. Pero cuando aparece la madre, algo se ordena interiormente. Cuando dejamos que la ternura nos toque, recordamos que no todo está perdido. Que aún hay redención. Que aún hay humanidad.

[12] Jn 19, 26–27, Sagrada Biblia

6. Salvator Mundi

Ya redimido, Batman se une a Superman para enfrentar a quien encarna ahora la gran amenaza: Lex Luthor, figura de la manipulación, el orgullo y la razón sin ética. Luthor, en un acto de soberbia científica, realiza un experimento prohibido por la misma ley de los kryptonianos: fusiona su sangre con el cadáver del General Zod, dando origen a una criatura monstruosa: Doomsday (el "Día del Juicio"). Este ser no es solo una amenaza física; es símbolo del caos desatado cuando el hombre, como en Babel, pretende alcanzar el poder sin límites, sin obediencia ni temor a lo sagrado. Me recuerda mucho a los "progresos" humanos del siglo XX.

Como bien advirtió Benedicto XVI:

> *"Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo."*[13]

En esa escena final, la lucha no solo es épica: es escatológica. Doomsday representa el juicio, la consecuencia del pecado, la bestia que nace del rechazo a lo divino y del uso profano del cuerpo del "ángel caído" kryptoniano. Y aunque la Mujer Maravilla aparece en la batalla, su rol en esta historia no es parte central de esta lectura teológica. Ella encarna otro tipo de arquetipo que, aunque valioso, no forma parte del drama espiritual que hemos venido desarrollando entre Batman y Superman. Por eso, su presencia no se analiza en profundidad aquí.

La pelea contra Doomsday parece imposible. Ni la inteligencia táctica de Batman ni el poder de Wonder Woman logran detener al monstruo. Es entonces cuando Superman toma la decisión que completa su camino mesiánico: empuñar la lanza de kryptonita (la única arma capaz de destruir a Doomsday, pero también letal para él) y, en un acto supremo de amor, entregarse voluntariamente a la muerte. Se sacrifica por el mundo, por la humanidad que lo rechazó, incluso por Batman, el hombre que antes lo había odiado y querido destruir.

En ese instante, Superman se convierte verdaderamente en lo que su padre Jor-El había profetizado: una esperanza para los hombres. Su muerte no es solo heroica; es redentora. En ella, se manifiesta la plenitud de su misión, la entrega total, el amor hasta el extremo. Así, Superman se une a Cristo no solo por paralelismos simbólicos, sino por su capacidad de dar la vida por quienes no lo entendieron, por sus enemigos, por todos. Como enseña el evangelio:

> *"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos."*[14]

En el funeral de Superman, vemos a Bruce y se le aproxima la mujer maravilla, Bruce le dice:

> *"Le falle en vida, no le fallare en la muerte"*
>
> *"Ayudame a encontrar a los otros como tú"*

---

[13] Benedicto XVI. *Spe Salvi: Sobre la esperanza cristiana*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2007, n. 22.

[14] Juan 15:13, Sagrada Biblia.

Bruce arrepentido de su actitud hacia Superman, ahora lleno de esperanza le pide ayuda a la mujer maravilla para armar la Liga de la Justicia (La liga de la justicia es el mayor equipo de superhéroes de DC, es un símbolo de esperanza ante la humanidad).

A lo que ella le responde:

"Tal vez no quieren que se los encuentre"

Bruce le responde:

"Lo estarán. Y lucharán. Tenemos que estar juntos"

La mujer maravilla con decepción confiesa:

"Hace cien años me alejé de la humanidad. De un siglo de horrores. El hombre creó un mundo donde estar unidos es imposible"

Bruce ahora redimido le responde con mucha esperanza:

> *"Pero los hombres siguen siendo buenos. Luchamos, matamos, nos traicionamos unos a otros. Pero podemos reconstruir. Podemos ser mejores. Lo haremos. Tenemos que hacerlo."*

En esta escena muchos pueden sentirse identificados con la falta de esperanza de la Mujer Maravilla. Luego de un siglo de genocidios y guerras mundiales estoy seguro que a muchas personas (tanto creyentes como no creyentes) les atormenta la reivindicación de la humanidad y les agarra la tentación de caer en la desesperanza; pero nunca hay que olvidar de que el mal por mas fuerte que parezca nunca ganará, hay que recordar que hay esperanza.

Bruce el mayor perseguidor de Superman (cegado por su trauma), empezó a ver la esperanza tocado por el sacrificio de Superman. En la película Bruce me recuerda a los dos más grandes apóstoles en la historia de la iglesia.

Al comienzo de la película actúa como San Pablo antes de ser apóstol, persiguiendo a los primeros cristianos creyendo que hacía el bien, hasta que tuvo un encuentro con el Mesías y lo dejó ciego, y desde esa ceguera empezó a ver.
También tiene un eco de Pedro en la pasión. San Pedro, que juró estar con Jesús hasta la muerte pero lo negó tres veces, Bruce falla cuando más se necesita justicia, y se vuelve cómplice de muerte para el inocente. Solo después del sacrificio, y como Pedro tras el canto del gallo, Bruce despierta, se avergüenza y más importante, se arrepiente y ahí la esperanza fluoresce. Cuando se da cuenta de su error, empieza a ver que él no es perfecto. Se da cuenta de que hay esperanza, de que hay arrepentimiento, de que el perdón existe. Ahí es cuando él ve la realidad humana.

Bruce como San Pedro, está encargado de dirigir esa nueva comunidad de justicia para traer esperanza a la humanidad, para ser esa "luz del mundo"[15].

[15] Mateo 5,14, Sagrada Biblia

7.“Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia”

Lo que alguna vez fue, para mí, solo una película decepcionante, hoy se transformó en un espejo. No de los superhéroes, sino de mí mismo. Batman v Superman no fue hecha como una película cristiana, pero eso no impide que Dios haya sembrado algo en ella. Tal vez no fue el director quien quiso hablar de redención, fe, culpa o perdón... pero el alma humana, incluso sin quererlo, refleja los anhelos más profundos del Evangelio.

En Batman vi al hombre quebrado, que ya no espera nada de nadie. Vi lo que pasa cuando el dolor no se entrega, cuando el orgullo se convierte en armadura, y la justicia en venganza. En Superman vi al Cristo incomprendido, que ama a un mundo que no sabe cómo responder a ese amor. Y en Martha, vi a María: esa mujer que, con su sola presencia, nos devuelve la fe. Fue la madre la que hizo que Batman volviera a ver.

No todo lo secular está vacío. Dios no está limitado por nuestras etiquetas. A veces, habla en lo inesperado. En la voz de un héroe caído. En una sala oscura de cine. En el corazón de un director que, aún sin confesar la fe, fue tocado por algo más grande que él. Nuestra tarea es mirar con fe. Descubrir el Verbo allí donde otros solo ven entretenimiento.

No se trata de forzar lecturas religiosas. Se trata de dejarse tocar. De permitir que, incluso desde lo no cristiano, Dios nos interpele, nos muestre nuestra herida... y nuestra esperanza.Porque si Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, entonces ningún rincón humano está fuera de su alcance. Incluso una película de superhéroes puede recordarnos que hay una redención posible. Superman, en su último acto, se entrega por aquellos que lo rechazaron. Se lanza al corazón del peligro sabiendo que morirá. Pero no lo hace por gloria, ni por deber, sino por amor. Ama a quienes no lo entendieron. Ama a los que dudaron de él. Ama incluso a Batman, el hombre que quiso matarlo. Y en ese amor hasta el extremo, en esa entrega silenciosa, se revela la plenitud de su misión. Como Cristo, da la vida por sus amigos.

Y yo… yo me vi reflejado. Porque muchas veces me he sentido como Batman: endurecido, desconfiado, agotado. Pero fue en esta historia donde redescubrí el perdón. Donde aprendí a amar de nuevo.

Gracias a una historia que no fue pensada como cristiana, descubrí que la semilla del Verbo puede florecer incluso en el terreno más inesperado.

8. Notas del autor

Quiero agradecer profundamente a todos los que se tomaron el tiempo de leer este testimonio reflexivo. No fue escrito desde la perfección ni desde la teología académica, sino desde un corazón que busca (como todos) comprender, sanar y creer.

A aquellos que tal vez se sintieron incómodos o no compartieron mi interpretación, les pido perdón. No pretendo imponer una lectura ni "bautizar" forzosamente una obra secular. Mi intención ha sido compartir cómo, en mi historia personal, Dios se ha hecho presente incluso en lo inesperado.

Y sobre todo, quiero agradecer sinceramente a Zack Snyder, por haber creado una obra que, más allá de críticas y divisiones, me habló al alma. Una obra que me confrontó con mi falta de perdón, con mis heridas no sanadas, con mi necesidad de redención. No sé si fue su intención consciente. Pero lo que sé es que el arte verdadero siempre trasciende al artista, y llega donde el Espíritu quiera.

Gracias por mostrarnos que incluso un mundo lleno de oscuridad puede tener un resplandor de esperanza. Que incluso un Batman perdido puede volver a mirar al cielo. Que incluso un Superman incomprendido puede morir por amor.

Y que incluso en una sala de cine, Dios puede hablar.

9. Bibliografía

1. Agustín de Hipona. *Soliloquios*. I, 3, 2. Traducido por Pedro Rodríguez. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.

2. Asay, Paul. "Superman Isn't Jesus (But He's Close)." *Christianity Today*, June 14, 2013. https://www.christianitytoday.com/ct/2013/june-web-only/superman-isnt-jesus-but-hes-close.html.

3. Biblia de Jerusalén Latinoamericana. *Génesis 3,5*; *Proverbios 3,7*; *Job 2,10*; Mateo 16:26; Juan 15,13; Juan 19:26-27, Mateo 5, 14

4. Benedicto XVI. *Spe Salvi*. 30 de noviembre de 2007. Disponible en: https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html

5. Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 de diciembre de 1965. Disponible en: https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_cons_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

6. Juan Pablo II. *Carta a los artistas*. Vaticano, 4 de abril de 1999. Disponible en: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_23041999_artists.html

7. Justino Mártir. *Segunda Apología*. Traducido por Carlos García Gual. Madrid: Gredos, 1983.

8. Ratzinger, Joseph. *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*. Entrevista con Peter Seewald. Madrid: Ediciones Encuentro, 2001.